

SAN BENITO, MAESTRO DE SABIDURÍA¹

La vida cotidiana suele ser monótona y sin relieve. El trabajo y los transportes acaparan demasiado. Ya no se tiene tiempo para vivir. Muchos sufren por este estado de cosas. Aun fuera de las ciudades...

A todos los que no soportan esta existencia, san Benito propone un arte de vivir.

Para él y sus discípulos el tiempo no es una sucesión de días iguales. Las estaciones tienen un sentido. También lo tiene la noche que sucede al día.

“El tiempo para vivir” no es un deseo, un bien perdido que uno trate de alcanzar, sino un ritmo interior a la persona, a la familia, al grupo, a la comunidad.

En cuanto al trabajo, a pesar de sus exigencias, no es solamente un medio de subsistencia, sino un medio para que el hombre se torne más hombre, viva fraternalmente y celebre la obra de Dios.

¿Qué propone san Benito? Otra manera de vivir. Para que se esté a gusto en todo lugar como en una casa familiar. Para que el trabajo, el paseo, los viajes, el tiempo libre, la oración, la amistad, la vida familiar, las comidas y el descanso sean otras tantas ocasiones en que se sea uno mismo y se viva de otra manera. Entonces la existencia cobra un sabor que ya no se le conocía, entonces la presencia de Dios se descubre en el corazón de toda realidad.

San Benito nació hace quince siglos. Su mensaje se dirige a todos y no a una élite. Sigue siendo de una actualidad sorprendente. Por eso hoy les proponemos que escuchen a este Maestro de sabiduría

RESPIRAR Y VIVIR AL RITMO DE DIOS

“Hay sólo dos clases de personas que se pueden llamar razonables: los que sirven a Dios de todo corazón porque lo conocen, o los que lo buscan de todo corazón porque no lo conocen”.

Pascal

Hombres y mujeres de toda edad llaman, en mayor número cada día, a las puertas de los monasterios benedictinos y cistercienses. Algunos para pasar el día, otros para el fin de semana o una estadía más larga que puede ser hasta de dos semanas. ¿Por qué esa afluencia cada vez mayor?

ESPACIOS DE LIBERTAD

Los monasterios han sido siempre espacios de libertad, de reflexión y de oración. Los que acuden a ellos vienen, casi siempre, para reflexionar y orar. En un clima de simplicidad. En el ambiente cálido de una comunidad fraterna.

El cuadro de la mayoría de los monasterios es excepcional. Favorece el silencio, la oración, la reflexión, el diálogo con los demás. Marca tanto al que está de paso como al pequeño grupo que viene a pedir hospitalidad.

¹ Condensado de *Fetes et Saisons*, 343, marzo 1980. Tradujo: Hna. María Rosa de Nevares, osb. Abadía de Santa Escolástica. Buenos Aires – Argentina.

LA MISMA ACOGIDA A TODOS

Aquellos y aquellas que se presentan en la “portería” de los monasterios pertenecen a todos los ambientes: ricos y pobres, intelectuales y manuales, personas de posición y marginados de la sociedad reciben la misma acogida. Así lo pide la tradición monástica.

La mayoría participa, en el sentido pleno, de la vida monástica. Cantan con los monjes o las monjas, los oficios que cada día, en horas fijas marcan el ritmo de la jornada. Entre ellos, muchos jóvenes, pero también adultos. Con frecuencia los jóvenes participan en los trabajos de los monjes.

También acuden a los monasterios hombres y mujeres sacudidos por algún revés que, bruscamente ha enjuiciado toda su vida. Saben que encontrarán en el monasterio alguien que los escuchará y los ayudará a comenzar de nuevo con renovadas fuerzas.

Otros llegan hasta allí porque el ritmo que impone la vida moderna les pesa. Necesitan tomar distancia, recobrar aliento, respirar oxígeno. Entre ellos, muchos sacerdotes, para recuperar fuerzas y orar con la comunidad.

LOS JÓVENES NOS PIDEN QUE LES ENSEÑEMOS A DURAR

“Los laicos quieren redescubrir los caminos para una vida comunitaria contemplativa. Vienen a interrogar al monasterio, como se interroga a los ancianos. Lo que piden a los monjes es que les enseñen la sabiduría de durar y la calidad de alma que hace al verdadero discípulo. Lo que nos piden los jóvenes es, sobre todo, que les enseñemos a durar. Nacidos en un mundo polarizado por la velocidad, les resulta muy difícil tomar conciencia de lo que representa la paciencia en una vida comprometida por amor hasta la muerte. Tienen necesidad de encontrarse con monjes felices y apacibles, incluso luego de muchos años pasados en el monasterio”.

Bernard Ducruet

ORAR Y TRABAJAR

Esa oración de los monjes y de las monjas, regulada, incesante, a veces muy bella, es lo que primero impresiona a aquellos y aquellas que franquean por primera vez la puerta de un monasterio benedictino.

Está también la comunidad. Aquellos que la componen viven pobremente. De su trabajo. Esa pobreza buscada y libremente consentida ejerce una especie de fascinación: nuestra época está tan marcada por el dinero, la utilidad, el despilfarro, la búsqueda del confort ...

Los diálogos entre los monjes las monjas y sus huéspedes de paso permiten responder a las preguntas de muchos sobre la vida monástica. Perciben entonces que ésta no es siempre fácil y que ser monje o monja todos los días de la vida, exige una prolongada fidelidad.

VOLVER A ENCONTRAR LOS VALORES EVANGÉLICOS

La pobreza, la sencillez, el trabajo, la vida común vivida fraternalmente son valores evangélicos. Y, porque aspiran a esos valores más o menos profundamente, muchos hombres y mujeres llaman cada día en mayor número a la puerta de los monasterios benedictinos. Para respirar y vivir un poco más al ritmo de Dios.

RECOGERSE PARA ACOGER

“Para acoger, es necesario recogerse. Lo mismo sucede con una persona que con una familia y una comunidad. Una casa demasiado abierta, no tiene secretos, ni intimidad Y allí no es posible la acogida; si está demasiado cerrada, parece una prisión. Tampoco una casa está situada de cualquier modo en un paisaje, sino que se protege por medio de un jardín, un cerco, un parque. Así, al preservar su originalidad, se hace más acogedora. El monasterio no escapa a esta ley natural”.

PARA VIVIR MEJOR Y DE DIFERENTE MANERA LA REGLA DE SAN BENITO

Cuanto más obligación tiene nuestra generación de innovar, tanto más necesita de las tradiciones.

Dom Jean Leclercq

¿Qué propone este “Maestro de la Sabiduría”, san Benito? Una manera humana de vivir en comunidad. Un arte de vivir con los otros para realizarse, perfeccionarse. Nada más.

CONSEJOS DE SABIDURÍA

¿Una receta de felicidad en 60 páginas?

En cierto sentido, sí. Pero hay que pagarla. Y el precio es este: dejar lo accesorio por lo esencial, olvidar lo fútil frente a lo importante, devenir uno mismo y aceptar al otro, entregándose a la misericordia de Cristo.

Tal es la Regla de san Benito: un trabajo de cada día. Un examinarse a sí mismo, en cada instante: ante el acontecimiento que sobreviene, ante el propio comportamiento frente a él, ante la reacción profunda que se ha tenido.

Todo el mundo conoce (o cree conocer) el código de ruta.

Pero uno se da cuenta, al reflexionar, de que no se han respetado las obligaciones o prioridades, y nada digamos de tal o cual señal del camino.

Raras veces se relee el código de ruta. Y se lo medita menos aún. En cambio la Regla de san Benito se presta a la relectura asidua y a la meditación.

“HAZ ESTO Y VIVIRÁS”

Cuando a un hermano le manden alguna vez obedecer en algo penoso para él o imposible, acoja la orden que le dan con toda docilidad y obediencia. Pero, si ve que el peso de lo que le han impuesto excede totalmente la medida de sus fuerzas, exponga al superior, con sumisión y oportunamente, las razones de su imposibilidad, excluyendo toda altivez, resistencia u oposición. Más si después de exponerlo, el superior sigue pensando de la misma manera la disposición dada, debe convencerse el inferior que así le conviene, y obedezca por caridad, confiando en el auxilio de Dios.

Regla de san Benito, cap. 68.

¡Las ocasiones de ponerla en práctica son tan numerosas y las situaciones, los itinerarios personales, tan variados! Por eso es bueno meditarla en el corazón. Para asimilar sus consejos y su sabiduría.

UN GUÍA EXPERIMENTADO

Feliz el hombre que, durante su vida, ha encontrado una meta aunque sea difícil de alcanzar. Tensar el arco no está al alcance de todos. Es necesario, para eso, tener un instrumento a su alcance y a su medida.

Una vez en posesión del arco, y teniéndolo bien ajustado, hay que reunir todas las propias fuerzas para dar en el blanco. El arco puede ser de primera, su armazón dócil y flexible; pero no basta. Hay que conocer las reglas de tiro, escuchar los consejos de un entrenador capaz. Entonces, sí, se puede apuntar al blanco, concentrar toda su energía y ganar el premio, llegar a ser campeón.

La Regla de san Benito es como un arco excelente. Lo ha probado durante siglos. Gracias a ella hombres y mujeres, hoy como ayer, orientan su vida hacia el fin que se han propuesto.

UN EDIFICIO SÓLIDO

¡Construir! Una aspiración profunda de todo hombre. ¿Quién se ha detenido alguna vez ante un edificio en construcción sin sentir, en el fondo, un movimiento de envidia y de admiración? Cada obrero se afana. Con soltura un compañero va colocando la hilera de piedras. La pared crece visiblemente y caerá en perfecta plomada. El joven aprendiz, menos práctico, está menos seguro de sí mismo. Conoce los rudimentos del arte pero carece de mano y de ojo. Sin embargo, hombro a hombro, el maestro y el novicio hacen crecer la misma pared. Ambos participan en la misma realización y todos los compañeros de la obra siguen la misma norma: la del hilo de la plomada que permitirá construir una pared derecha, en ángulo recto. Por cierto la técnica no reemplaza a los materiales: la piedra, el cemento son necesarios. Pero la capacidad y la sabiduría, frutos de la experiencia, son indispensables para realizar una hermosa obra. Lo mismo sucede con la vida. La Regla de san Benito se propone ayudar a quienes lo desean a que construyan su vida como un precioso muro, un hermoso edificio.

Consejos que se encuentran en la Regla de san Benito

Aprender a hacer silencio, a escuchar (Prólogo y cap. 6)

Aprender a obedecer (cap. 5).

Aprender a conocer su justa medida (cap. 7).

Aprender a rezar (cap. 8 al- 20).

Aprender la tolerancia y el perdón (cap. 23 al 29).

Aprender a compartir (cap. 33 y 34).

Aprender a aceptar la autoridad como un servicio (cap. 21, 2, 64, 65...). también consejos para celebrar el oficio divino, para meditar la palabra de Dios, trabajar, acoger y recibir a los huéspedes.

En total, 73 capítulos desiguales en extensión. Una pequeña guía para la vida personal y comunitaria experimentada y vivida en primer lugar por Benito y luego por miles de hombres y mujeres desde hace quince siglos.

NADA PREFERIR AL AMOR DE CRISTO

A todos los huéspedes que se presenten en el monasterio ha de acogerseles como a Cristo. Pero sobre todo, se les dará una acogida especial a los pobres y extranjeros, colmándolos de atenciones, porque en ellos se recibe a Cristo.

Extractos de la *Regla* de san Benito

El amor de Cristo: he aquí lo que inspira a san Benito cuando propone una regla a aquellos que quieren vivir juntos una vida más humana y más fraterna. Es por eso que invita sin cesar a sus discípulos a descubrir en sus prójimos, en aquellos con quienes se encuentran, el rostro de Cristo.

Esa atención a Cristo presente en los otros, engendra una actitud de respeto, de atención, de deferencia y hasta de ternura para con los demás. Poco a poco, modela al discípulo y transforma su vida. Las necesidades cotidianas: trabajar, comer, estudiar, vivir con otros, son otras tantas ocasiones y medios de hacer crecer en él “la caridad de Dios”. Ve la vida con otros ojos. Toda la vida. Porque, para san Benito, nada es indigno de Dios: toda actividad humana, por más humilde que sea, puede abrirse a la luz divina, por poco que se haga de ella una ocasión para imitar a Cristo. La transformación del corazón que se va operando, desarraiga en el hombre la voluntad de poder, la sed de poseer, el instinto de violencia que son otros tantos obstáculos a la comunión con Dios y de los hombres entre sí.

Dos palabras se repiten sin cesar en san Benito: obediencia y humildad. La obediencia es la disponibilidad del corazón y de la vida; la humildad, el caminar confiado hacia Dios en seguimiento de Cristo, la autenticidad de una vida en la que todo el hombre se abre al amor.

Jesús oraba. Con frecuencia. A veces por largo tiempo. San Benito también invita a sus discípulos a orar prolongada y asiduamente. Porque allí, en la oración, es donde el hombre poco a poco se transfigura en la luz y es afirmado en la paz. Es entonces cuando el Espíritu puede venir y realizar en él la obra de Dios.

¡ÉL ES LA FUENTE DE AGUA VIVA!

“Uno se hace religioso para seguir a Cristo y solamente a El. Santo Domingo, san Benito, y san Agustín no hacen más que orientarnos hacia Cristo. Nos muestran el camino por donde seguiremos a Cristo, pero no se ofrecen como jefes. Hay un solo jefe tanto para ellos como para nosotros.

Que la Regla de nuestra vida sea la vida de Cristo, que nuestra regla escrita sea el Evangelio: tengámoslo siempre en las manos y estemos atentos para no apartarnos jamás de las reglas de Cristo. Cristo es la fuente de agua viva. Vayamos a beber a la fuente y sigamos a aquel que nos llamó”.

Beato Pablo Giustiniani

TESTIMONIOS

“Leo la Biblia lentamente como una carta de amor recibida esta misma mañana. Mi amor es extranjero, no habla bien castellano y no siempre se expresa con un lenguaje claro. Pero yo no comprendo su carta con la cabeza; no es el caso de tratar de descifrar el código ni de abrir el diccionario. Yo recibo su carta con el corazón. Con la apertura de corazón para la cual me ejercito”.

“Cuando uno está acostumbrado a una comida fuerte, o a una especie de alcohol si preferimos, el vaso de agua fresca del evangelio no se puede beber. Me costó años, incluso siendo religiosa poder leer verdaderamente el evangelio. No podía, sentía que era la vida y que esa vida era demasiado simple, demasiado pura para mí. Entonces esperé, esperé. Y, poco a poco, como dice Simone Weil, las cosas subieron como a la superficie de un agua pura”.

EDIFICAR EL HOMBRE INTERIOR

“El mensaje de Benito es una invitación a la interioridad. Escuchemos la voz de san Benito: de la soledad interior, del silencio contemplativo, de la victoria sobre la agitación del mundo exterior, de esa “habitación consigo”, nace el diálogo consigo y con Dios que conduce a las cimas”.

Juan Pablo II

Los monjes, las monjas viven en comunidad. Pero a ciertas horas del día, cada uno se retira a la soledad. Es la hora del faz a faz con Dios y consigo mismo, el momento de re-crearse, de despertar y

fortificar en sí “el hombre interior”. Un monje nos expresa aquí el sentido de esa “clausura” monástica que todos deben encontrar en su vida.

-En ciertos momentos del día, Uds. parecen apartarse un poco de los demás. Esa actitud de “separación” ¿no está en contradicción con lo que Ud. me ha dicho sobre la comunión?

PARA VIVIR EN COMUNIÓN HAY QUE SER UNO MISMO

-Es verdad, soledad y comunión pueden parecer contradictorias. Sin embargo, ambas son necesarias, porque para vivir con los demás, para vivir en comunión, hay que ser uno mismo, existir realmente. A veces se lo olvida.

Si nos descuidamos acabamos por existir solamente por la idea que los demás tienen de nosotros. Somos aquel que tiene tal oficio o realiza tal tarea. Y cuando nos encontramos solos o cuando los otros no piensan en nosotros, cuando llegamos a la edad del retiro o ya no somos productivos, tenemos la impresión de no existir ya, de tener una vida disminuida. Para comulgar con los demás, recibir su riqueza y hacerles participar de la nuestra, hay que ser uno mismo. Solamente la soledad permite la toma de conciencia y el ahondamiento de sí mismo.

Tenga el hombre por cierto que Dios le está mirando a todas horas. En cualquier lugar que estemos, nuestras acciones le son manifiestas: durante el oficio divino, en el oratorio, dentro del monasterio, en el huerto, cuando sale de viaje, en el campo y en todo lugar, sentado, de pie o al andar.

Regla de san Benito, cap. 7.

AVANZAR BAJO LA MIRADA DE DIOS

-Sin embargo cuando se está solo, no se es feliz...

-Es verdad, pero no se trata de una soledad cualquiera. Hay una soledad hosca, de ensimismamiento que no permite alcanzar lo más hondo de nuestro ser. Hay que avanzar, llevar la luz al mundo tenebroso y movedizo que se oculta en lo profundo de nosotros. Tratar de ver con mayor claridad para ir más lejos, es decir, allí donde Dios habita y me hace existir como persona única y viviente.

El lugar del corazón es también el lugar de la oración. Allí, bajo la mirada de Dios, aprendemos a “ser” realmente quienes somos. Ese ahondamiento personal en la soledad es absolutamente vital.

TIEMPOS DE RE-CREACIÓN PARA RE-HACERSE

-¿Ese es el sentido de lo que llaman la “clausura”?

-Sí, me parece que lo es: es uno de los medios ofrecidos a los monjes para reabastecerse. Para comprenderlo mejor, piense en lo que sucede en una casa. Hay momentos en que hay que estar solos, de lo contrario a fuerza de recibir, de acoger gente, se termina por ser devorado. La casa es, para aquellos que la habitan, el lugar reservado a la comunidad familiar. Ese lugar de intimidad es para la comunidad monástica la “clausura”. Cada monje tiene su celda donde vive en el silencio, donde puede leer y trabajar. Esos tiempos no son tiempos muertos sino tiempos de re-creación en los que cada uno se rehace para poder luego darse y dar a los demás más y mejor, porque se ha unido a la fuente, el corazón de Dios.

LOS MONJES ¿SON TODOS SACERDOTES?

El sacerdocio no es indispensable para la vida monástica. Los monjes-sacerdotes son necesarios para la vida sacramental de la comunidad y para responder a las necesidades de los huéspedes que vienen en gran número al monasterio. Pero esto no modifica su status con respecto a los que no son sacerdotes. Todos tienen los mismos derechos hacen los mismos trabajos al servicio de la comunidad.

VIVIR EN COMUNIDAD

La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma. Nadie, llamaba suyos a sus bienes, sino que todo lo tenían en común”. “Y se repartía a cada uno según sus necesidades”, escribe san Lucas hablando de los primeros cristianos (*Hch 4,32*).

Este texto es la base de la vida monástica comunitaria. Como los primeros cristianos, los monjes y las monjas se esfuerzan en vivir juntos fraternalmente, poniendo todo en común y compartiendo todo.

LA MISERICORDIA, FUNDAMENTO DE LA COMUNIDAD

Los monjes, las monjas que viven en un monasterio son hombres y mujeres como los demás. El hecho de vivir en comunidad no hace de ellos seres perfectos. A veces puede haber algunos desagradables. Por eso, dice san Benito, la “misericordia” es una dimensión esencial de la vida comunitaria.

¿En qué consiste esa misericordia? En posar sobre nuestros hermanos y sobre sus “miserias” la mirada misma de Cristo. Nada que ver con esa piedad o condescendencia que humillan y rebajan. Fuente de esa misericordia es el corazón de Cristo: de aquel Cristo que curaba y reconfortaba a aquellos con quienes se encontraba. En las primerísimas comunidades cristianas, la regla de vida incitaba a estimularse unos a otros por la corrección fraterna (*Mt 18,15-17*). Esa misma preocupación se encuentra en las comunidades monásticas donde la misericordia pone a aquellos que viven juntos al servicio unos de otros, para ayudarse a progresar y recomenzar. No hay verdadera comunidad allí donde ningún progreso sea estimulado por la ayuda mutua. Poco a poco, la misericordia construye la comunidad permitiendo a cada uno experimentar a Cristo. La miseria humana deviene el espacio de una relación viviente que hace crecer a cada uno en el amor de Cristo. Y las faltas, las debilidades, las miserias ligadas a la condición humana, en vez de alejar de Cristo, acercan a él.

LOS ANCIANOS

En los monasterios, las monjas, los monjes ancianos son amados y venerados. Ellos conservan su lugar en la comunidad. Se los escucha, se les pide consejo, se los cuida, se los ama. No son olvidados y sobre todo no se los arrincona como sucede frecuentemente con los trabajadores ancianos.

PRIMERA TAREA: LA OBRA DE DIOS

La tarea por excelencia de la comunidad monástica es una obra de alabanza. La materia de esa oración es la Biblia, sobre todo los salmos. Los monjes y monjas tienen el cuidado constante de celebrar esa palabra de Dios con amor y belleza. Esa celebración es, para la comunidad reunida, su manera de escuchar la Palabra de Dios y hacerla suya.

Esa obra de alabanza es la obra de la comunidad entera. Es también la obra de Dios en cada uno de los que están allí reunidos. Es ella la que, poco a poco, transforma y transfigura a imagen de Cristo a aquellos y aquellas que cantan la alabanza de Dios.

TEJER LAZOS DE CARIDAD FRATERNA

La segunda tarea de la comunidad es el trabajo, necesario para que la comunidad conserve su autonomía económica.

Los diversos empleos en el monasterio son otras tantas ocasiones, para aquellos que viven juntos, de crear nuevos lazos de caridad.

Esa vida de comunión, de servicio y de participación, desarrolla poco a poco, en los monjes y monjas, relaciones que van más allá de los lazos humanos de cortesía y de simpatía. La comunidad se torna poco a poco “ecclesia”, es decir, una comunidad de Iglesia reunida en torno a Cristo y donde Cristo, poco a poco deviene todo en todos.

COMO UNA ESPADA DE DOS FILOS

“Durante mucho tiempo, la palabra ‘compunción’, en la regla de san Benito, me daba risa. Pero hay que vivir las cosas para comprenderlas. Hoy, yo sé que la compunción es una punción. Por los finos intersticios de mi persona, la Palabra de Dios penetra. Como la espada de dos filos de la que habla la Biblia. Como una aguja que se hunde hasta la médula.

Sí, la Palabra de Dios se hunde en mi, no sé muy bien cómo. Sigue su camino. Toca en mi esa capa dolorosa del rechazo a vivir, de la destrucción y de la muerte. ¡Ah! ella me hace mal, despierta viejas heridas. Avanza siempre y yo la dejo hacer, lleno de esperanza. Atraviesa la costra dura de la indiferencia y de repente desemboca en el depósito íntimo donde la vida está bajo presión. La hace saltar, como de un pozo.

Salтан las lágrimas. Pero por supuesto, se trata del dolor y de la alegría asociados. El dolor de saberse herido, es decir, pecador. ¡La alegría de saberse vivo, es decir, salvado! Las lágrimas saltan por esa punción que los antiguos llamaban compunción. Estado bienaventurado de paz y de distensión. Ya no hay más necesidad de ponerse rígido en los combates; yo sé que Dios vive en mi!

Testimonios

“Ellos están allí, yo soy feliz. Amo a los hermanos como hermanos. Ellos son molestos, están llenos de defectos y son enervantes, pero yo los quiero. ¡Qué amputación en la vida de un hombre si se rompieran todos esos lazos afectivos! Yo los quiero tanto más cuanto que son diferentes de mi. Dios sabe que yo no los elegí. Dios sabe que es él quien los eligió. El nacimiento de nuestra asociación descansa en el seno de Dios”.

“Desde hace unos quince años soy la encargada de la información política y social en el monasterio. Trato de ser honesta, de presentar los acontecimientos tal como sucedieron, respetando la diversidad de opiniones que son muchas en una comunidad importante como la nuestra. Trato de dar enfoques diferentes y me doy cuenta de que mis hermanas, sobre todo las más ancianas, son muy sensibles a lo que Simone Weil llamaba “la miseria del mundo”. Debo decir que nosotras no estamos desilusionadas, sobrealimentadas como la gente de nuestra época por los mass media. Por lo tanto tenemos la posibilidad de una cierta perspectiva”.

Los hermanos han de obedecerse unos a otros, seguros de que por este camino de la obediencia llegarán a Dios.

San Benito

CÓMO SE HACE PARA CONVERTIRSE EN MONJE

En el contacto con una tradición viva, por ejemplo de una comunidad. Pero también, por supuesto, por la misma práctica de la vida monástica, bajo la guía de un anciano durante los primeros años. Vida monástica hecha de equilibrio entre la oración litúrgica y la lectio divina, soledad y vida fraterna, estudio y trabajo manual. En el postulante y en el noviciado, el hermano recibe una formación sobre todo humana y espiritual. Luego viene una formación más teológica pero también el aprendizaje de un oficio útil para la comunidad.

Cuando termina su noviciado, el hermano pronuncia una promesa de vida monástica, que a los tres años más o menos, lo conduce a la integración definitiva en una comunidad por la profesión solemne.

Son monjes los que viven juntos y son un solo corazón y una sola alma.

San Agustín

EL LEMA DE LOS DISCÍPULOS DE SAN BENITO: ORA Y TRABAJA

La economía de los monasterios benedictinos y cistercienses está fundamentada sobre el lema “Ora y trabaja” (“Ora et labora”); la de la ciudad industrial sobre el binomio “capital-trabajo”.

La obra maestra de la economía comunitaria es la catedral, la de la economía moderna, las realizaciones de la NASA. Dos concepciones diferentes de la “conquista” del cielo, del trabajo, de la economía.

CONSTRUIR LA COMUNIDAD

En la economía del monasterio, el trabajo no tiene por fin la ganancia, sino la construcción de una comunidad. Esta tiene necesidades. Se provee a ellas trabajando. Jesús trabajó, los apóstoles, también. Los monjes trabajan porque es una ley de la condición humana. El trabajo de los monjes y de las monjas les permite responder a su deber de hospitalidad y es para ellos una ocasión de tejer entre ellos lazos fraternos.

TRABAJO Y CONTEMPLACIÓN

El trabajo, en nuestro mundo occidental, ha alcanzado frecuentemente una importancia excesiva.

A veces es en realidad la única actividad del hombre. En el monasterio, el trabajo, frecuentemente manual y artesanal, a veces intelectual y artístico, no es más que un aspecto de la actividad del monje. El otro polo de su vida es “la obra de Dios”, es decir, la oración, la alabanza. No hay tensión alguna ni contradicción entre ambos. El trabajo, como la oración, es para el monje, operario de Dios, ocasión de contemplación y de unión con Dios.

LOS MONJES Y EL DINERO

Los monjes tienen pocas necesidades personales. Todo el dinero de su trabajo va a la caja del monasterio. En el momento de morir no dejan herencia. Tanto es así, que el monasterio puede enriquecerse de generación en generación.

¿Qué hacen los monasterios con el dinero que no necesitan? Algunos ayudan a comunidades más pobres o envían lo que les sobra a monasterios necesitados de Europa o del Tercer Mundo. Todos, finalmente, hacen un gran esfuerzo de hospitalidad y en definitiva, hay muy pocos monasterios que son verdaderamente ricos. “Felices vosotros los pobres, porque el Reino de Dios os pertenece”. Esta

palabra de Jesús se dirige tanto a los monjes como a todos los cristianos. Por esta razón, tanto unos como otros deben interrogarse sin cesar sobre su actitud frente al dinero o a los bienes.

EL TRABAJO INTELECTUAL

Los monjes han consagrado siempre una parte de su tiempo al trabajo intelectual. Aun aquellos que asumen responsabilidades pastorales o educativas.

Filosofía, teología, mística, crítica del arte, economía... numerosos son los campos en que han contribuido al progreso de las investigaciones. Pero, tradicionalmente es al campo de la historia al que se consagran con más gusto: tal vez porque una cierta sabiduría los invita a inclinarse sobre el pasado para extraer sus lecciones. La ciencia histórica ha nacido en los claustros...

TODO ES COMÚN A TODOS

En nuestra sociedad industrial, el trabajo es remunerado por el salario y el capital por los beneficios. No todo el mundo tiene los mismos ingresos, algunos tienen demasiado, otros, no lo suficiente. Nada de eso acontece en la comunidad monástica donde “todo es común a todos y donde se comparten las necesidades de cada uno”. Esa participación común sólo es posible cuando se dan ciertas condiciones. La primera es el respeto de las cosas que se comparten. En el monasterio se respetan tanto los instrumentos del jardín como los objetos litúrgicos. ¿Por qué? Porque si se comienza a establecer una jerarquía entre las cosas (por ejemplo oro, trigo, petróleo), se favorece una jerarquía entre las personas (se respetará más al banquero que al campesino). Todos aquellos que viven o trabajan en el monasterio reciben el mismo respeto.

La ociosidad es enemiga del alma; por eso han de ocuparse los hermanos a unas horas en el trabajo manual. Los hermanos han de servirse mutuamente, y nadie quedará dispensado del servicio de la cocina, a no ser que por causa de enfermedad o por otra ocupación de mayor interés.

A los que son débiles, se les dará ayudantes para que hagan el trabajo sin tristeza. Pero que todos se sirvan mutuamente, bajo la ley de la caridad.

Extractos de la *Regla* de san Benito

A CADA UNO SEGÚN SUS NECESIDADES

La repartición comunitaria no es utilitaria: a cada uno se le da según sus necesidades. De ese modo cada uno recibe con gozo lo que le dan -y no como algo que le es debido. Esa repartición fraterna está enraizada en la Eucaristía que es la acción de gracias por excelencia. En la práctica, es confiada al discernimiento de un hombre prudente que san Benito llama “cellerarius” (el que cuida de la despensa).

NADA ES PEQUEÑO A LOS OJOS DE DIOS

A fin de producir más, existen en la mayoría de las empresas modernas, servicios especializados. Nada de eso existe en los monasterios. Cada cual se ocupa por turno en las tareas más humildes: barrer, lavar los platos, servir la mesa, cocinar, leer durante las comidas o los oficios. Comienza el turno el domingo para toda la semana. Antes de entrar en su función el monje pide la oración de sus hermanos porque nada es pequeño a los ojos de Dios y la calidad del servicio se mide por el amor que se pone en él.

ORACIÓN Y TRABAJO EN UN MONASTERIO

A horas fijas, los hermanos se reúnen para dar gracias y presentar a Dios las necesidades de todos los hombres. Son las horas del día y de la noche: al despuntar el día, Laudes; al final de la jornada, luego del trabajo; Vísperas: antes de ir a dormir, Completas y durante la noche, las Vigilias (vigilia de espera del Señor en la oración).

Durante el día, interrumpen el trabajo algunas pausas, durante las cuales se cantan las "horas menores". En el centro de toda esta oración, está la Eucaristía, va sea a la mañana, a mediodía, o incluso a la hora de Vísperas, según las necesidades y la situación de cada comunidad. He aquí el horario de un monasterio entre otros.

4,30 hs.: Levantarse, Vigilias.

6,30 hs.: Laudes, lectio.

8,00 hs.: Eucaristía, Tercia, trabajo.

12,30 hs.: Sexta, almuerzo.

14,00 hs.: Nona, descanso, trabajo.

17,30 hs.: Vísperas, lectio, cena.

20:00 hs.: Completas.

UN ESTILO DE VIDA PARA EL HOMBRE DE HOY

Porque responde a numerosas aspiraciones del hombre de hoy, el mensaje de san Benito es de una sorprendente actualidad.

CONSTRUIR LA PAZ

En el mundo que vivimos la vida está continuamente amenazada. La violencia y la guerra son cotidianas. La sociedad política está como bloqueada, y sobre el mundo pesa el temor de la falta de energía. Por eso el mundo tiene miedo, las sociedades tienen miedo, los individuos tienen miedo. Entonces, ¡qué grande es la tentación de buscar refugios donde al fin se encontraría la paz y la seguridad!

Los monasterios podrían ser tales refugios. No lo son. En esos islotes de silencio y de paz, no faltan conflictos. La paz que allí se construye no es un olvido de las realidades ni un huir de los enfrentamientos, sino un clima que se instaura poco a poco gracias a una larga paciencia. En el monasterio, solo o con los demás, se descubren nuevas prácticas de paz: de esa paz a la que aspiran, con todo el corazón, tantos de entre nosotros.

MONJES Y MONJAS EN TIERRA AFRICANA

El año pasado, tuvo lugar un encuentro inter-monasterial para todas las comunidades de América Latina. Otro se llevará a cabo el año que viene en Shri Lanka, para todos los monasterios de Asia. La última reunión que se hizo fue para los monasterios africanos. Se desarrolló en Abidjan, del 2 al 10 de septiembre de 1979. Participaban monjes y monjas benedictinos y cistercienses.

Ochenta delegados venidos de 17 países y representando a cuarenta y ocho monasterios. La mayoría de los participantes eran africanos. Los monasterios africanos presentan rostros variados. Algunos monjes son de clausura, otros misioneros; otros incluso asumen tareas pastorales o educativas. Su preocupación primordial: encontrar por la fe un arraigamiento y una expresión cultural adecuada. Una preocupación que se asocia con el proyecto de vida de san Benito.

El monaquismo es una riqueza evangélica que la Iglesia latina ha recibido del África cristiana. África vuelve a encontrar hoy un bien del cual ella ha sido la creadora.

ENCONTRAR DE NUEVO EL SABOR DE LAS PALABRAS

Bombardeados por la publicidad, sumergidos por informaciones de toda clase quedamos como anestesiados. Hasta el punto de que algunos no pueden verse privados, ni siquiera durante sus vacaciones, de su ración de sonoridad. Y otros piden al zen, al yoga que les enseñen de nuevo a vivir, a respirar, a crear silencio, a entrar en comunión con los seres y las criaturas.

Nada como el silencio para que el lenguaje recobre su sentido y las palabras un sabor nuevo. Es lo que ocurre en los monasterios. Si tantos hombres y mujeres res se presentan a sus puertas, es porque saben que allí, por lo menos, serán escuchados y atendidos. En esos lugares retirados, a veces en plena ciudad, uno hace solo o con otros, el aprendizaje del silencio interior. Entonces a veces Dios habla. Y la aventura comienza...

LUGARES DE CARIÑO Y DE FE

¿Signo de los tiempos? Los grupos donde se hace algo están cada vez más desiertos; en cambio la gente acude a otros donde simplemente se vive. Como si los hombres y las mujeres de hoy buscasen cada vez más una aventura comunitaria que fuera realmente un espacio de cariño y de fe, un ambiente fraterno donde las energías del amor que llevamos en nosotros sean reconocidas, orientadas, armonizadas con el Evangelio. En esto también ¡qué asombrosa convergencia con el mensaje de san Benito!

Las comunidades monásticas que comparten su mesa, su oración y su vida con huéspedes son muy numerosas. Reciben pobremente, ese testimonio de pobreza no disgusta. Al contrario, es percibido como un signo evangélico urgente para nuestro tiempo en que el despilfarro, el ansia de dinero y la sed de poder son otros tantos obstáculos para la vida fraterna.

Testimonio

“He encontrado en el monasterio una alegría inmensa y una verdadera felicidad. Y también he hecho dos descubrimientos. El primero es que el otro, en lugar de estar lejos, separado de mí, está en el centro de mí mismo, porque Cristo nos une a todos y cuando estamos con él estamos verdaderamente en el centro del mundo. El segundo es que al principio de la vida religiosa creemos que estamos enamorados del Señor y por lo tanto hacemos muchas cosas por Él. Pero a medida que progresamos nos damos cuenta de que es todo lo contrario, de que es el Señor el que ama y que todavía queda un camino extraordinario por recorrer.

Es Él quien en nosotros ama a los otros y por eso nuestra vida se ensancha sin cesar en lugar de estrecharse “.

UNA INVITACIÓN A VIVIR DE MANERA DIFERENTE

El mensaje de san Benito es una invitación a vivir de manera diferente. Se dirige a todos. Quienquiera que sea. Estemos donde estemos. Porque si bien el mundo necesita a los monjes, los monjes necesitan al mundo.